

EL *ARS MORIENDI* DE JOSE ECHEVERRIA  
(199 -1996)

¿Qué nos espera realmente después de la muerte? Para Dante el camino ultraterrenal que emprende en su Comedia culmina en un indescriptible punto de luz que le señala sonriendo Beatrice, sumiéndolo en la más total de las afasias. *Oh quanto e corto il dire*, gemía el poeta florentino en el Canto XXXIII, aceptando que le era imposible decir algo de aquel Amor que movía el sol y las demás estrellas. Borges, por su parte, concebía el Paraíso como una biblioteca, en la que le serían devueltos los amadísimos códices que ya no le era dado leer en vida. Solemos abordar la imagen huidiza del trasmundo desde nuestras propias manquedades y pulsiones, pero algunos de nosotros lo hacemos con la misma ansiedad irresistible que atenazó a Amaranta Ursula en los Cien años de soledad, cuando se sintió instada "de descubrir qué eran los silbos anaranjados y los globos invisibles que la esperaban al otro lado de la muerte".

A Interrogar estos silbos anaranjados y estos globos imposibles dedicó mi entrañable amigo Pepe Echeverría lo mejor parte de su fecundísima vida. Fue dedicación absoluta, motivo en primer lugar de su tesis doctoral de estado en París--Reflexiones metafísicas acerca de la muerte y del problema del sujeto (Librairie Philosophique J. Vrin, Paris, 1957), y, más recientemente, motivo de su ensayo El morir como pauta ética del empirismo trascendental (Ediciones El Yunque, San Juan, 1993), que le dedicó con mal disimulada emoción *A Alicia*. Pero no se trataba de una preocupación estrictamente libresca, por inteligentísima que hubiera sido siempre. A Pepe, aquel respetado Decano de Estudios Generales que más tarde se convertiría en mi amigo entrañable, le obsedía el tema, y no dudaba en plantearlo y replantearlo una y otra vez con los amigos.